

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

NOTAS SOBRE UN ITINERARIO

DISCURSO LEIDO POR EL ACADEMICO ELECTO
EXCMO. SR. D. LUIS FEITO LOPEZ

EL DIA 22 DE MARZO DE 1998
CON MOTIVO DE SU RECEPCION

Y CONTESTACION DEL ACADEMICO
EXCMO. SR. D. GUSTAVO TORNER DE LA FUENTE



MADRID
MCMXCVIII

Depósito Legal: M-6667-1998
Printed in Spain - Impreso en España
por Artes Gráficas CAMPILLO NEVADO, S. A.
C/ Antonio González Porras, 35-37
28019 MADRID

DISCURSO
DEL
EXMO. SR. D. LUIS FEITO LOPEZ

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hace mucho tiempo, creo que debió ser hacia el año cincuenta tuve la gran satisfacción de traspasar por primera vez las puertas de esta docta casa que en aquella época también albergaba a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Este hecho fue verdaderamente tan importante que marcó mi vida para siempre, con un antes y un después. Fue el comienzo de la realización de un gran sueño, de una gran aventura: la de ser Pintor. Ese sueño lo he llevado y lo llevo siempre conmigo a través de este ya largo itinerario, y de cincuenta años de trabajo.

Por eso, tantos recuerdos y tantas emociones se despiertan en mí al verme de nuevo en este noble edificio, aunque de manera tan distinta a la primera vez, y en condiciones que tanto me honran, por ello, quisiera expresar mi más sincero y emocionado agradecimiento a los Señores Académicos, que han tenido a bien conferirme el gran honor de formar parte, junto a ellos, de ésta ilustre institución. También agradezco muy especialmente a los Señores Académicos: Don Miguel Rodríguez Acosta, Don Luis de Pablo Costales y Don José Hernández Muñoz la deferencia que tuvieron al proponer mi nombre a esta Academia.

Entiendo que la actividad artística consiste en encarnar en una materia sensible, una verdad superior, y esto se ha concebido de manera distinta a lo largo de la historia, y a través de las diversas civilizaciones de nuestro mundo. En lo personal, me gustaría acentuar la importancia de mis inicios en esta Escuela, a la que debo las bases y el conocimiento de mi oficio, así como el camino para mi formación. Esta formación fue tradicional, y por eso mismo, fundamental, para el desarrollo de mi trabajo artístico posterior. Insisto en que la búsqueda de esa verdad superior a la que me he referido, que es lo que da sentido a este oficio, es totalmente irrealizable sin una formación, sin una base, sin unas raíces que yo empecé a echar aquí y que posteriormente se desarrollaron a través de mi itinerario.

La formación, la cultura, los conocimientos que recibí me impedirían más tarde y para siempre conformarme con hacer cualquier garabato, cualquier gesto gratuito, cualquier emborronamiento pedante con pretensiones de Arte, y me darían, además, un gran sentido del rigor; un rigor absoluto que a mi modo de ver, es imprescindible en cualquier

labor artística, sea la que sea, ese rigor tan olvidado, tan perdido, sustituido hoy, creo yo, en muchas obras de nuestros días por el “todo vale”. Obras que, sin embargo son elevadas al rango de “Arte Contemporáneo” por ciertas especulaciones intelectuales.

Esta intromisión del intelectual en la creación artística me pareció siempre una calamidad. La obra debe existir por sí misma, y si no es así, por más explicaciones que nos den sobre ella no existirá nunca. El Arte no fue ni será jamás para mí, el fruto de una especulación intelectual.

En aquella primera época entré en la Pintura como se entra en religión. Yo salía de una experiencia intensamente espiritual, debida a una vocación religiosa y por ello pasé sin traumas, naturalmente, de una fe a ésta otra fe, ambas de carácter absoluto. No con la beatitud de un don caído del cielo, sino con una fe que siempre fue duda, que siempre fue lucha, una fe que hay que alimentar día a día porque la vida va a intentar a cada paso quitártela, alejarte de ella, apearte del Rocinante. Yo me subí a él de una vez por todas, y desde entonces nada ni nadie ha conseguido apearme, yo sigo en él mi camino, aunque siempre pensé, que yo no vivía para pintar, sino que pintaba porque vivía.

¿Qué es lo que hace que nos entreguemos de esa manera a esta forma de vida, con tanta pasión, y con violencia incluso?. Posiblemente intentar querer dar un significado a nuestra existencia, o también el que llevamos dentro esa pequeña parte de divinidad, ese querer ser más que humanos. Apollinaire decía: “Los Artistas son ante todo hombres que quieren llegar a ser inhumanos. Buscan penosamente las huellas de la inhumanidad, huellas que no se encuentran en parte alguna de la naturaleza. Estos rastros son la verdad y fuera de ella no conocemos realidad alguna”.

Sin duda, se trata de arrancar día a día un poco del gran misterio de la vida y del Arte, la esperanza de conseguirlo es lo que nos hace seguir adelante, luchando, contra la inevitable gran duda, sin la que no habría fe ni creencia, y por tanto no habría la entrega total necesaria para continuar ese camino agotador, pero tan apasionante al mismo tiempo.

Alguien de cuyo nombre no quiero acordarme, me definió un día, con malsana ironía, como un “San Pintor”. Yo recogí esta interpretación de mi persona sin su sarcasmo y con toda seriedad. Me pareció algo evidente. Si no aspiramos a lo máximo, es mejor dedicarse a otra cosa. Yo

creo que estamos aquí porque escogimos ese camino estrecho y difícil, y lo reconozcamos o no todos llevamos dentro la ambición de ser un “San Pintor”, un “San Escultor”, un “San Músico”, un “San Arquitecto”. Sin modestias, casi siempre hipócritas y falsas, con una verdadera humildad, todas las ambiciones son buenas e incluso necesarias para la realización de nuestro trabajo, palabra esta que no me gusta emplear, pues no considero un trabajo lo que hacemos. Nos salimos de la maldición divina, para inventarnos una actividad, un quehacer, una necesidad, una pasión, que nos haga olvidar lo penoso y limitado de la faena cotidiana. “Sólo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas” decía Unamuno.

Siempre me fascinó, a medida que iba descubriéndolos, cuantos y cuan distintos son los caminos que conducen al hombre a la creación. Creaciones de forma y apariencias tan distintas que nos llevan al mismo sentimiento delante del gran misterio del Arte y de la Vida. ¿Diríamos que los caminos son infinitos, casi tantos como individuos? ¿Cómo nos llega a través del tiempo y de muy diferentes civilizaciones la llama misteriosa que nos puede alumbrar, incluso a veces deslumbrar?. Caminos y lenguajes tan diversos como los del Arte Negro Africano, el llamado Arte Primitivo de los diferentes continentes, la India, el Extremo Oriente, Egipto, Grecia, el Renacimiento y sobre todo para mí el Prerrenacimiento, sacaron lo esencialmente vivo de su época, lo verdaderamente profundo, dejando de lado lo accidental, lo pasajero. Posiblemente, el ansia de conocer personalmente estas cimas alcanzadas por el espíritu humano fue lo que hizo que tuviera, en mi itinerario, cuarenta años de exilio, guiado por esta necesidad de saber, conocer y vivir lo que otros hombres hicieron, trascendiendo fronteras artificiales para dialogar, para comunicarse, para encontrar lo que todos sea cual sea nuestro origen, poseemos en común. Al final, las mismas ambiciones, las mismas dudas, las mismas angustias, las mismas contradicciones vividas en sus diferentes contextos y de diferente manera.

La primera parte de mi exilio, la mas importante, discurrió en París durante casi treinta años. París acogía muchos exilios de orígenes y procedencias muy diversas, pero nunca impuso un patrón cultural, sino que sirvió de lugar de encuentro, de foro, de crisol para tanta variedad. Todas las culturas que concurrían allí se enriquecían al contacto de unas con las otras. Por mi parte estas culturas me enriquecieron, al mismo

tiempo que me hicieron más consciente de mis raíces españolas. Ese contraste tan amplio me sirvió para profundizar en mi cultura de origen, de la que no me he desprendido nunca. Por su generosidad e inteligencia profunda, así como por la calidad de sus enseñanzas, guardaré siempre, un profundo reconocimiento, a París y a Francia.

Mas tarde, sentí la necesidad de cortar con mi vida anterior, de soltar lastre. Tuve que desprenderme de muchas cosas para poder continuar mi itinerario, y más bien quise irme de Europa que instalarme en América. Así pude descubrir que a lo largo de la vida se tiene todavía muchas cosas de las que hay que liberarse, y eso tuvo que ver con mi elección americana. Anteriormente, durante mis muchas visitas a este Continente, lo que me perturbaba, me inquietaba, de América como buen europeo, era la ausencia de pasado, “de antiguas tradiciones”. Pero en aquel momento, era precisamente lo que me interesaba, esa falta de lastre, de raíces, era lo que iba buscando; la posibilidad de vivir día a día liberado de las reglas, y del peso de la tradición y civilización europeas. Era partir una vez mas de cero. Ese enfrentamiento al nuevo Continente, tanto en el paréntesis de Montreal, como en esa exasperación que tan bien define a nuestra época, que yo viví en Nueva York, con la crudeza deslumbrante que caracteriza a esa ciudad, pueden ciertamente, haber ejercido una influencia en mi trabajo, acentuando la tensión entre caos y orden.

Sin embargo, a pesar de todo ello, creo que mi obra siempre estuvo enraizada en la tradición europea, tanto por su gusto por la pintura pintura, como por su lenguaje y su búsqueda espiritual.

En el exilio he querido conocer, de manera personal lo que tantos ilustres antepasados hicieron y experimentaron en esos lugares, su clima, su ambiente, vivir un poco la historia del Arte por dentro al contacto de lo que queda de ese legado, lo más importante sin duda: su espíritu.

Desde que tuve la ocasión de conocerla me fascinó la pintura Oriental, la de la China, la del Japón, la de la India, más en su concepción que en su iconología. Su preocupación es pintar lo sagrado, lo mágico, la esencia de la naturaleza. En sus obras, los Artistas Orientales no buscaron la mera representación, sino la presencia del tema que se proponían. Un oriental no pinta una manzana, sino la esencia, el alma de una manzana.

Por el contrario, la pintura en occidente giró hacia lo referencial, hacia la reproducción de un modelo. Esa dicotomía entre lo natural y lo artificial disfrazada de pseudo realismo, o de otros productos de diversa aceptación, no es bien comprendida entre nosotros, y por eso aleja a muchos Artistas del estado de inocencia, de la espontaneidad, que fundamenta una expresión determinante y personal. Esa expresión está en todo momento presente en las manifestaciones de lo que los occidentales llamamos con cierta arrogancia Arte Primitivo. De ahí que me sienta especialmente atraído por el Arte Negro Africano o por el de las diferentes Civilizaciones Primitivas. Su pureza de líneas, su geometría, su rigor, contrastan con el barroquismo español, con el expresionismo, y me seducen. En las Artes Primitivas resulta imposible separar calidad estética y contenido. Esas culturas intuyeron, que la estética por si misma no sirve para nada sino es expresión de algo fundamental. Por eso, no puedo contemplar el Arte Primitivo desde un punto de vista decorativo, sino que por el contrario, me impresiona que objetos creados siempre para ciertos ritos, para ciertas funciones, tengan tal carga de expresividad, de comunicación, de misterio, y de universalidad.

Del Cubismo en adelante, esa esencialidad ha influido poderosamente en los Artistas modernos, ayudándonos a quitarnos de encima el amaneramiento en el que el Arte Occidental había caído en épocas de decadencia. Se trata de ir a lo fundamental, a lo necesario, a lo eficaz, sin florituras ni camuflajes, con el lenguaje más puro.

Esa funcionalidad, esa necesidad en el Arte la encuentro entre los Bizantinos, en el Románico y en el Gótico, y muy especialmente en las idealizaciones de los prerrenacentistas: Giotto, Cimabue, Mantegna, Masaccio, Piero de la Francesca, Uccello. Entre su geometría figurativa, y entre la mía abstracta hay una relación inevitable, y no quiero con ello equipararme artísticamente a ellos. Entiendo que mis cuadros no existen, no pueden vivir sin un cierto conflicto. Hay en ellos un orden evidente que no procede de la simetría, por mas que tenga referencias geométricas y arquitecturales, sino más bien de una geometría inventada y personal.

Por supuesto, estas influencias se superpusieron y enriquecieron mi primera formación, que se debía al contacto con nuestros grandes pintores españoles. Sus enseñanzas siguen hoy tan vivas como entonces, y

cada vez que voy al Museo del Prado a refrescar mi memoria, a meditar con su contemplación, siento que nuestros Maestros me transmiten, como siempre lo hicieron, una renovada lección de lo que es verdaderamente pintar.

La luz de esas creaciones sigue iluminándonos a través del tiempo, a través de tantas catástrofes y naufragios, sobrepasándonos, porque quizá en ella está lo mejor de nosotros mismos, lo mejor que el hombre ha podido inventar desde Altamira y Lascaux para hacernos sentir algo más que animales pensantes, para despegarnos los pies de la tierra, para hacernos, en definitiva, mejores y más generosos, aproximándonos a la plenitud de la divinidad.

Persiguiendo la realización de estos anhelos, intentando plasmar un Arte que correspondiera a nuestras ambiciones, a nuestras ilusiones, queriendo traer un viento fresco y contemporáneo, varios artistas nos reunimos para conseguir, aunando nuestros esfuerzos, agitar un poco la calma chicha por la que se movía el Arte Español de los años cincuenta. Después vinieron a nosotros aquéllos artistas que, coincidiendo con éste espíritu, trabajaban ya en esa dirección. Todos sabéis ya que me estoy refiriendo al Grupo El Paso. La misión que nos impusimos fue lograda a través de manifiestos y exposiciones de nuestras Obras, con lo que conseguimos despertar inquietudes, al menos en una minoría, que más tarde se fue ampliando para que al fin, nuestros esfuerzos fueran reconocidos veinticinco años mas tarde. Este reconocimiento fue corroborado por ésta Academia con la inclusión entre sus miembros de nuestro querido y recordado Don Manuel Rivera, de Don Antonio Fernández Alba, de Don Rafael Canogar mas tarde, y, hoy, de mí mismo.

Fueron tiempos de lucha, de entusiasmo que creo dejaron huella en nuestra época. Aunque preferíamos pelearnos en el taller, me parece a mí, no teníamos más remedio que salir a luchar en la sociedad que nos tocó vivir, como estamos obligados a hacerlo en ciertas ocasiones en nuestra profesión.

Este reconocimiento fue naturalmente tardío, pero, ¿Cómo querer que nuestro trabajo sea reconocido de inmediato, cuando intentamos ir mas lejos cada día, cuando nuestra pasión nos lleva a querer poner los pies donde nadie llegó antes, acariciar con nuestras manos un poco de esa luz, de esa verdad, de ese resplandor que sabemos existe, que está

en alguna parte, pero que es tan difícil de revelar, de realizar, de materializar?.

Creo que ese intento de realización, ese acto de creación es ante todo un acto de amor, puesto que es destinado a nuestros semejantes, lo que sentimos, lo que somos, lo que llevamos dentro, queremos darlo a conocer y compartirlo con los demás. Cuando los demás nos muestran con su actitud, de cualquier manera que sea, que han comprendido, que han encontrado el sentido profundo de lo que se hace, que va a servirles de algo, que participan contigo en esa obra, y que esa obra existe en ti, en sí misma y en los demás, entonces se da la mejor recompensa del creador ¿Hay algo más gratificante que el amor correspondido?.

¿Utopía? ¿Más deseo que realidad? es posible, pero sin esta esperanza, sin esta fe, ¿Porqué lo haríamos? ¿De dónde sacaríamos fuerzas para día tras día abrir nuestras llagas más profundas, las del alma, e intentar no suavizarlas o cerrarlas, sino profundizar en ellas y llegar hasta el fondo?.

Naturalmente, soy consciente de que hay todo el drama de la creación, todo un abismo, entre lo que podemos decir y sentir y luego seamos capaces de realizar en nuestra obra. Pero lo que sentimos, lo que vivimos, en lo que ambicionamos, está la preparación, la puesta en marcha. Es la antesala de la hora de la verdad en la que sólo queda delante la tela blanca, y unos colores en las manos. Esa reflexión previa hará que empecemos a movernos entre las tinieblas. Como decía San Juan de la Cruz “Sin más luz ni guía que la que en el corazón había”, intentando con esfuerzo eliminarlas y, porque no, si ello es posible y todo es posible, hacerlas luminosas y existir.

Hubo un momento, hacia el final de los años cincuenta y principios de los sesenta en que eso de la “cosa mental” no me hacía mucha gracia, aunque fuese el mismísimo Leonardo el que lo dijera. No lo comprendía muy bien, no quería comprenderlo. Para mí la pintura era algo que salía de las tripas directamente por el brazo y la mano. No quería ningún tipo de intervención intelectual, tenía que salir con naturalidad, con la fluidez con la que corre un río, salvando obstáculos y pasando a través de ellos. Mi descubrimiento del Budismo Zen en aquella época, debido a cierto accidente y determinadas circunstancias de mi vida, tuvo una gran influencia en mi trabajo. Era ahondar en lo más profun-

do de mi ser, para sacarlo y materializarlo en una tela de la manera más pura y directa posible, como lo hicieron durante siglos los pintores orientales. De ahí que durante años, mis cuadros fueran ejecutados en una sola sesión, sin posibilidad ninguna de correcciones ó enmiendas posteriores. Salían o no salían. Aún hoy me quedan ciertos reflejos de esta época, como sucede, cuando trabajo sobre la tela y no veo el resultado nada más que al final, después de que, sobre todo, por intuición haya realizado lo que verdaderamente quería realizar, esperando siempre que aparezca ese elemento imprescindible de la sorpresa, que es una de las cosas que me hará creer, que lo que he realizado va hacia el fin que deseo alcanzar.

Esta influencia del Zen no fue la única por mas que fuera importante, sino como ya he dicho antes, una más entre los acerbos y tradiciones culturales y artísticas que sirvieron de base a mi formación, y que continúan siendo fundamentales en mi trabajo.

Insisto en la importancia de la tradición, contrariamente a esa ruptura con todo lo anterior que hoy tanto se practica, porque esta sed de novedad conduce casi siempre a privarse de las verdades esenciales. Es muy legítimo, e incluso necesario explorar nuevos ámbitos, articular nuevas expresiones que enriquezcan nuestra experiencia. Pero no debemos olvidar que toda búsqueda, tiene siempre como punto de partida lo que nuestros predecesores pensaron e hicieron. Los frutos de la experiencia de otras épocas y culturas son esenciales para no caer en esa frustrante y vacía apetencia del cambio por el cambio, de lo nuevo por si mismo, sin mas contenido que su supuesta originalidad. No existe en Arte la originalidad en lo absoluto, sino tan solo aportaciones diferentes que amplían lo que hoy conocemos.

Del mismo sentir es Matthieu Ricard quien lúcidamente ha dicho que: “Al nivel mas trivial, la sed de novedad nace de un atractivo por lo superficial que corroe el espíritu y perjudica la serenidad necesaria para crear”.

Reitero, que toda creación, precisa nutrirse de la experiencia, y de la sabiduría adquirida por los que recorrieron el camino antes que nosotros. La condición humana necesita un ámbito temporal para transformarse y mejorarse, y esa presencia de lo anterior, es olvidada en perjuicio suyo por aquellos que consideran que la validez de la Obra depen-

de exclusivamente de la ruptura con la sabiduría del pasado.

Hubo un momento, en que fue necesario destruir, romper normas y amaneramientos, costumbres decadentes e incluso hacerlo de una manera radical y violenta. Fue algo realmente positivo, porque creo, que se consiguió, la más grande de las aportaciones a mi entender del Arte Contemporáneo: La libertad, libertad del Artista que pudo crear a partir de cualquier posición, y digo bien crear, no digo, hacer cualquier cosa que suplantara la creación.

Esta libertad tuvo su contrapartida, cuyo mal fruto fue el “todo vale”, el pretexto para hacer cualquier cosa, olvidándose de construir, de crear, este mal, que todavía lo vemos muy frecuentemente, convirtiéndose en un academicismo más.

Yo pienso, por el contrario, que el momento de romper, de destruir constantemente, sistemáticamente, hace mucho tiempo que pasó, y de lo que se trata, después de estas experiencias es el comenzar a construir, a crear, aprovechándolas.

Se trata de continuar el camino que una pausa necesaria había interrumpido. Creo que todos los grandes momentos, los importantes de la creación, dieron lugar después siempre a academicismos.

Otra faceta de este mal moderno, de esta noción de inventar constantemente para no caer en la imitación, es en realidad el reflejo de un culto narcisista a la personalidad, de una valoración desmesurada de la figura del artista, cuando en realidad, este debe desaparecer detrás de su obra, que es lo que verdaderamente cuenta y que es lo que queda en definitiva.

Quiero ser claro al respecto, para que no se malinterprete mi pensamiento. Para mí, el concepto de tradición va mucho mas allá, es otra cosa distinta de lo preconcebido. Por el contrario, sin un esfuerzo de valorización propia, de crítica personal a la luz de nuestra experiencia, nos quedamos en la pasividad, en la pereza mental. Precisamente todo lo contrario de lo que es la verdadera tradición: La síntesis de lo mejor del pasado, de sus logros mas imperecederos.

Me confirma en esta idea un texto que estoy leyendo en estos momentos. Dice el monje budista Matthieu Ricard: “La consagración de la vida a una búsqueda espiritual no es en modo alguno, una señal de

esclerosis, sino un esfuerzo constante para hacer estallar el molde de la ilusión. La práctica espiritual se funda en la experiencia, en el descubrimiento que llega en el mundo interior, hasta los mismos confines en que la ciencia lo hace en el mundo exterior. Esta experiencia es siempre fresca y renovada, y también ofrece su porción de obstáculos y aventuras. No se trata de repetir las ideas preconcebidas, sino de experimentar las enseñanzas del pasado en el momento presente, de saber utilizar las buenas y las malas circunstancias de la vida, de encarar los pensamientos de todo género que surgen en nuestro espíritu, de comprender por uno mismo la forma en que estos se encadenan y de encontrar la manera de liberarnos de ellos. La verdadera novedad es saber utilizar cada instante de la vida para el objetivo que nos hemos trazado”.

No quisiera terminar, sin decir que este itinerario no lo he realizado yo solo, pues si hubiera sido así, no hubiera tenido ningún sentido, y además, tampoco hubiera sido posible. Por eso, quiero rendir homenaje a tantas personas que me ayudaron en este trabajoso caminar. Con su inestimable ayuda, en el tantas veces duro día a día, con su dedicación, con su amistad, con su amor, con su cariño, con su comprensión, con su paciencia, contribuyeron a que hoy sea lo que soy, para bien o para mal. Gracias a ellos pude ser Pintor.

Unos me acompañan hoy en este acto. Otros lo hubieran deseado, pero están muy lejos, y, otros más, que yo a mi vez, hubiera deseado tanto que estuvieran aquí, se fueron para siempre, pero de alguna manera siento que también están presentes.

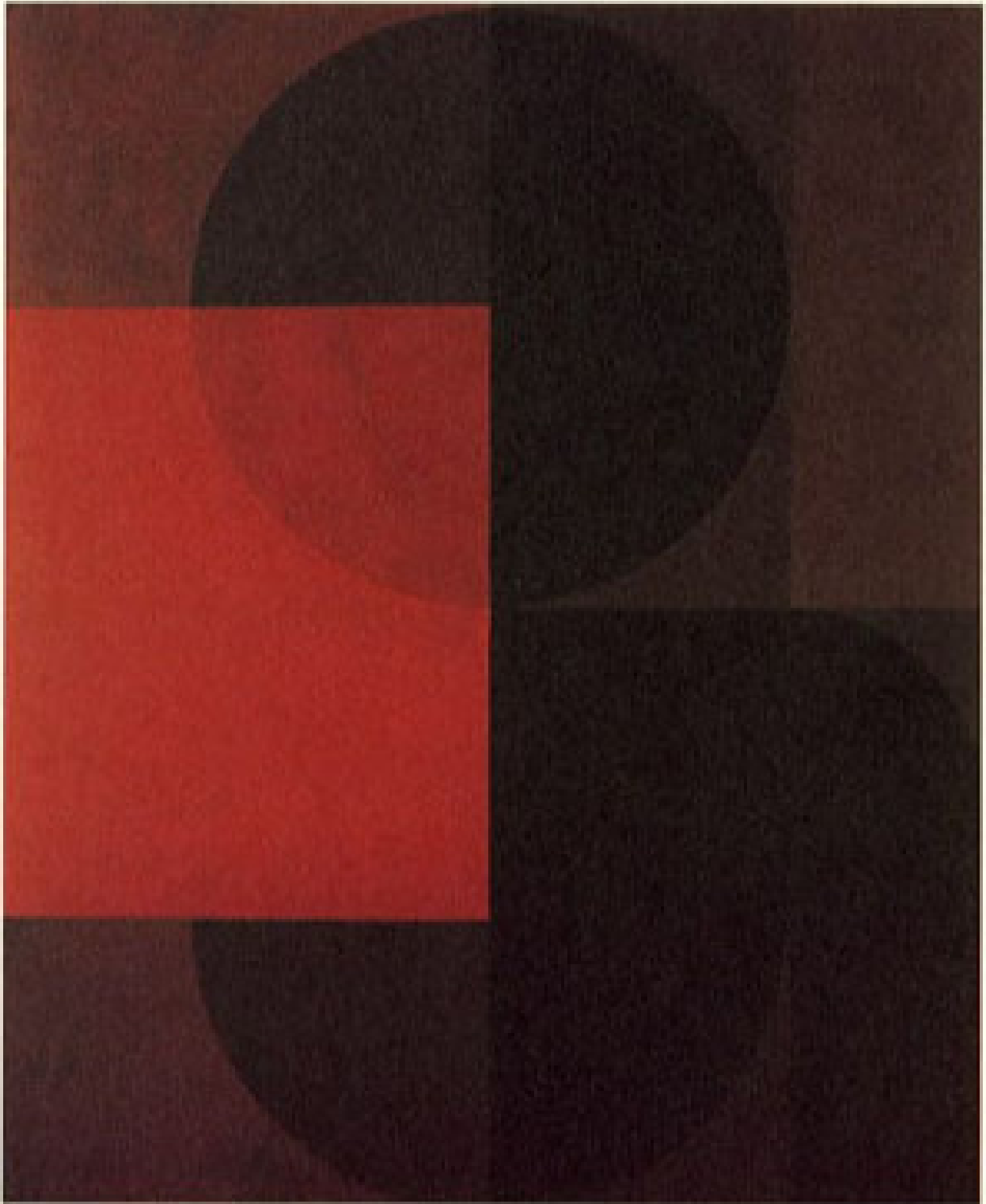
Para todas ellas, mi más sincero y profundo agradecimiento, y mi más afectuoso recuerdo.

Quisiera acabar con una nota optimista, diciéndoles que pase lo que pase, seguiré buscando el sepulcro de Don Quijote a toda costa, montado siempre en su cabalgadura, de la que, repito, no creo que ya nada ni nadie consiga apearne, aunque a partir de ahora, y gracias a ustedes señores Académicos, lo haré vestido de frac.

Luis Feito
Madrid 1997

OBRA DONADA POR EL ARTISTA
A LA
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

N.º 1763. 162 x 130 cm. Acrílico/lienzo. 1997



CONTESTACION
DEL
EXMO. SR. D. GUSTAVO TORNER DE LA FUENTE

Es para mi un honor y una alegría que en representación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de la bienvenida en esta casa y en este día tan importante a un gran pintor, que además ha sido amigo desde el principio de nuestros quehaceres.

La primera vez que oí su nombre fue hace mas de cuarenta años con motivo de una exposición suya en la Galería Fernando Fe, en Madrid, allá por el año 1954.

Era de las primeras veces que empezábamos a ver en España Arte no figurativo en exposiciones, aunque algunos estuviéramos bien informados por revistas y libros. Y la sorpresa de esta exposición fue el descubrimiento de su calidad, unido a un nombre hasta entonces desconocido para mi. Y esto es siempre una alegría, que se reforzó enseguida con la obtención de uno de los premios de la Bienal de Alejandría del mismo año. Posiblemente el primer premio alcanzado por un español en un prestigioso certamen internacional con una pintura no figurativa y casi seguido en 1.956 con el de la Bienal del mediterráneo y Atenas.

Es una historia muy sabida que en 1957 Luis Feito, con otra serie de artistas y críticos fundaron el grupo EL PASO, que en el breve curso de su existencia, y con febril actividad luchó, con bastante eficacia, para divulgar el arte que se estaba haciendo por entonces.

Esta Real Academia, como acaba de recordarnos Don Luis Feito en su discurso ha corroborado el reconocimiento de ese Grupo con la inclusión entre sus miembros de Don Antonio Fernández Alba, de electo Don Rafael Canogar y del recordado y tan querido Don Manuel Rivera.

La pintura de Don Luis Feito continuó adquiriendo reconocimiento y admiración y ya entonces nuestro querido compañero y amigo empieza a acostumbrarse a los premios importantes. En 1959 en la Primera Bienal de París y el tan apreciado Lisson, en su XI Edición, en Italia.

Pero acaba de terminar el breve tiempo del grupo EL PASO en 1959 y Luis Feito obtiene en la XXX Bienal de Venecia el muy importante Premio David Bright.

Todo ello coincide con su pertenencia a la Galería Arnaud, de París, que publica CIMAISE, una de las pocas revistas interesantes de arte de

aquella época y que al difundir el nombre de Luis Feito ayuda a que sea internacionalmente conocido.

Tan conocido y citado, que cuando Don José Luis Barrio-Garay, de la Universidad de London, Ontario, Canadá, dio una conferencia en la Universidad Menéndez y Pelayo en 1991 y en su sede de Cuenca, en una serie sobre ARTE ABSTRACTO organizada por la Fundación Juan March y sobre el tema específico “ La hoz del Huecar: con textos, impactos y repercusiones en España y el extranjero”, algún oyente argumentó después que la conferencia estaba manipulada porque el nombre mas citado en las rigurosas citas bibliográficas era el de Luis Feito, muy por encima de otros mas conocidos en España.

Y es que Luis Feito, siempre tan parco en el hablar y tan contrario al exhibicionismo artístico ha sido y es uno, o el que mas, de los artistas mas cosmopolitas de nuestro país.

En 1956 se va a vivir a París y se queda allí casi treinta años, con breves, aunque continuas, escapadas a España, donde ni siquiera tiene estudio. Cansado de París se va a vivir a Montreal y luego a Nueva York en 1983 donde continúa trabajando junto a su taller en Madrid que instaló en 1991.

Y esto nos hace pensar si Luis Feito es tan universal en su mente, en sus criterios, en su estado de ánimo porque ha vivido en tantos sitios o, si al revés, ha tenido que vivir en tantos sitios porque él es un personaje universal.

De ahí su trayectoria artística, que como nos acaba de contar, cimentada en un profundo respeto a la tradición, no como un criterio de conservación de cualquier cosa, sino como un depósito de la sabiduría y el bien hacer de todas las generaciones pasadas, se lanza a la búsqueda del arte mas absoluto, apoyándose también en lo hallazgos de otras civilizaciones, unas de Oriente y otras mas llamadas PRIMITIVAS, sean de África, Oceanía o América.

Si bien cualquier gran arte de cualquier tiempo y de cualquier país, al final, tiene las mismas ambiciones, que no son otras que la inquietud ante el planteamiento de las grandes preguntas unidas a los profundos sentimientos, que no son otros que el intento de vivir con plenitud, el

miedo ante el dolor y la muerte, el asombro ante el mundo y el anhelo de una transcendencia.

No es extraño que con esas premisas Luis Feito se adhiriera mejor a la exagerada expresividad, pero con formas contenidas, hasta duras, pero directas, de ese ARTE PRIMITIVO. Aunque para Luis Feito aceptar esos planteamientos no quiere decir aceptar sus formas.

Más bien creo que le interesa el rigor conseguido por la espontaneidad, eso que el cuenta de la pulsión “tripas, brazo, mano” y yo añadiría cabeza aunque sea cabeza inconsciente, pero con todo el peso de la tradición bien entendida.

Y claro está que nos encontramos con las fuerzas contradictorias, que no son un contrasentido, sino que son las fuerzas complementarias, des-niveladas, que provocan la acción. Sin ellas el mundo sería calmo es decir, muerto.

Ya lo dijo Heráclito, hace mas de dos mil quinientos años: “Preciso es comprender que la guerra es cosa ordinaria, que discordia es justicia, que todo nace de la discordia y la necesidad”.⁽¹⁾

Pero no confundamos esas guerras que están dentro de nosotros, tan intensas, con las de fuera de nosotros, no artísticas, casi siempre, aunque sean importantes, anecdóticas para el resultado final de la obra de arte.

Lo digo por lo manifestado hace un momento de que la principal aportación del siglo XX al arte ha sido la de la libertad.

Una mayor libertad personal, seguro. La cívica, no siempre. La de verdadera difusión sin trabas de la obra de arte todavía falta muchísimo. La de creación artística, el gran artista la ha tenido casi siempre. no olvidemos que en arte la verdadera libertad está mas en el tratamiento que en la elección del tema.

¡Qué mayor libertad para la búsqueda o el hallazgo que la de un Leonardo con la de los contornos difusos de las cosas!.

Con ello ha separado el Arte de Occidente de todos los de las demás culturas.

⁽¹⁾ Traducción de Enrique R. Paniagua.

O la del Greco, Velázquez y Frans Hals con romper la pincelada.

Esas son nuestras verdaderas libertades, por encima de hechos coyunturales, aunque nosotros queramos considerarlos artísticos.

Bien es verdad, por ejemplo, que la carrera de Gustav Klimt fue afectada profundamente por los conflictos surgidos con los murales de la Universidad de Viena y precisamente por el tratamiento tan personal y arriesgado de los temas tradicionales elegidos.

Y no digamos de Goya.

Ahora mas bien se confunde libertad de tratamiento, conceptual, con el de procedimiento, o proceso mas bien técnico, con una abundancia de materiales y resultados.

Pero toda esta abundancia de pretendidas obras de arte actuales manejadas, exhibidas y promovidas “intelectualmente”, intelectualmente con comillas, no dejan de ser avatares de nuestro tiempo, sin relación con el verdadero arte, osea el arte de que “todo vale”. Por otro lado, no tan diferente, salvando las épocas, de aquella abundancia en el barroco de terribles santos degollados. Se hicieron funcionalmente por y para la devoción religiosa. Ahora se hacen por “devoción artística” que es su heredera. Incluso se hacen por ella hasta museos.

Aunque no conviene continuar por este camino. Ya dijo Camús, como al final de su “Calígula”: “... no necesito manchar lo que niego”. Además entre esos cultivos fallidos quizás aparezca lo que todos estamos buscando.

Usemos nuestra libertad en este mundo tan organizado, jerarquizado, burocratizado, asfixiante, para introducirnos por sus “grietas”, como ahora se dice y que siempre las hay, y trabajemos para que tras la búsqueda de nuestra verdad interior, con esa fuerza extraña, desconocida, que hace que nos entreguemos a ello, consigamos obras llenas de intensidad, para añadir el esplendor de la belleza a la vulgar vida cotidiana, belleza no relacionada a determinadas formas o cánones previstos, sino como resultado de dar forma física adecuada a nuestros mas profundos anhelos. Quizás no sea otra cosa la obra de arte.

En fin, creo que es inadecuado glosar mas las palabras de Don Luis Feito, pues ya sabemos que este tema del arte, tan escurridizo, tan ver-

daderamente inefable, como alguna vez ya hemos citado en esta Casa, es extraordinariamente propenso a interminables desarrollos, cuando lo que queremos verdaderamente subrayar esta noche en la Academia es la satisfacción por la fortuna de tener ya entre nosotros al gran pintor y amigo Don Luis Feito, bien llegado a esta Casa.

Gustavo Torner
Noviembre de 1997

